

JUAN CARLOS ALBY. *La medicina filosófica del cristianismo antiguo*. Santa Fe: Universidad Católica de Santa Fe, 2015, 224 pp.

por Marcela Coria*

La medicina filosófica del cristianismo antiguo es el resultado de varios años de investigación del Dr. Juan Carlos Alby, tanto en la Universidad Católica de Santa Fe como en la Universidad Nacional del Litoral. En este libro, el autor pasa revista a las influencias que contribuyeron a configurar las ideas médicas del primer cristianismo: el nacimiento de la medicina en estrecha vinculación con la filosofía jónica, la concepción de la medicina como *tékhne*, los trabajos fundacionales de Hipócrates, las ideas religiosas y mágicas (no solo griegas, sino también judeocristianas) sobre las enfermedades y su terapéutica, la noción de “milagro”, el culto a Asclepio, etc. Pero el libro no se agota allí: también proporciona una visión reflexiva y crítica de la medicina actual, visión que surge a partir de la mirada a esa otra medicina, la de la Antigüedad, en la cual el hombre es concebido como una totalidad, un microcosmos que tiene en sí mismo la capacidad de curarse, y por lo tanto el médico es solo alguien que contribuye a equilibrar sus humores; en cambio, en la medicina moderna, de corte positivista, racionalista y materialista, el “desplazamiento de la confianza en las potencias curativas propias de la *phýsis* humana hacia la sapiencia o habilidad técnica del médico y la presunta eficacia de los remedios” (pp. 115-116) ha conducido a una despersonalización de la práctica médica que la convierte en algo, sin riesgo de exagerar, prácticamente inhumano.

***Marcela Coria** (Rosario, 1978) es Licenciada en Letras y Doctora en Humanidades y Artes con mención Filosofía, egresada de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, en donde recientemente también finalizó sus estudios de posdoctoración. En la mencionada Facultad es docente en las cátedras Lengua Griega I y Lengua Griega II y Secretaria Académica. Ha publicado traducciones al español del griego antiguo (tres comedias de Aristófanes en colaboración con Lena Balzaretto, en editorial Losada; y tres tratados de Filón de Alejandría en las Obras Completas de Filón de Alejandría dirigidas por José Pablo Martín, en editorial Trotta, Madrid), capítulos de libros en publicaciones conjuntas y diversos estudios en revistas especializadas y de divulgación. Es evaluadora en revistas científicas, integra proyectos de investigación, dicta cursos de posgrado, participa como expositora en reuniones académicas de su especialidad y dicta charlas y cursos de extensión sobre temas de lengua y literatura griega y latina.

El libro comienza con un “Prefacio” en el que el autor establece algunas cuestiones metodológicas: a) en el texto no se sigue un criterio historiográfico ni “se pretende un análisis exhaustivo de la recepción de la medicina antigua en los orígenes del cristianismo, sino que se trata más bien de reflexiones filosófico-teológicas” (p. xv) de algunos de los ejes más relevantes del problema de investigación; y b) el foco está en los prenicénicos, dado que para el autor “este período constituye la etapa más rica del cristianismo” (p. xv) por sus estrechas vinculaciones con la filosofía antigua y la diversidad y profundidad teórico-especulativa de la multiplicidad de facciones cristianas de la época. Luego de una mención sobre la notable variedad de fuentes utilizadas tanto para la reconstrucción del cristianismo antiguo como para la medicina antigua, que demuestran la amplitud de la mirada, la sólida documentación y la rigurosidad del análisis, el Dr. Alby explicita sus motivaciones para la publicación de este estudio, surgidas de su formación profesional tanto en filosofía como en ciencias biológicas, dos paradigmas gnoseológicos que, como reconoce el autor (p. xvii), son difíciles pero no imposibles de conciliar.

A continuación, la Introducción, titulada “La medicina que los cristianos recibieron”, aborda las distintas ideas médicas que influyeron sobre los primeros cristianos, que pueden clasificarse en dos grandes ramas, a saber: por un lado, la medicina técnica de los griegos, representada por Hipócrates (considerado el inventor de este arte) y Galeno (iniciador del pensamiento anatómico), las dos figuras más relevantes del arte médico desde sus orígenes; los estoicos, quienes tomaron de Hipócrates algunas doctrinas médicas; la escuela médica de Alejandría, cuyos integrantes aplicaban a los textos hipocráticos las técnicas filológicas propias del Museo; los médicos empíricos de la época helenística, que sobresalieron en la investigación anatómica, y también algunos romanos impresionados por la medicina griega como Varrón y Columela, cuyas observaciones fueron relevantes para la medicina; y por otro, la medicina de la tradición judía. En el judaísmo se constata la ausencia de una casta de médicos, debida probablemente al rechazo de las investigaciones anatómicas para evitar la contaminación con cadáveres o bien a la singularidad (y superioridad) del organismo humano, al que no pueden aplicarse las conclusiones provenientes de los estudios de los animales. En tanto la enfermedad estaba ligada a una valoración sagrada y era considerada como una señal del castigo divino, el sacerdote era quien intervenía en los casos de enferme-

dad grave, y el lugar del médico estaba relegado a la curación de heridas externas.

El primer capítulo, “La medicina hipocrática”, está dedicado al nacimiento de la medicina como un “saber técnico” (*tékhne iatriké* o *ars medica*), que se debe a Hipócrates, nacido en la isla de Cos en el 460 a.C. aproximadamente. El capítulo comienza por una descripción del *Corpus Hippocraticum* y los posibles criterios de clasificación de los heterogéneos textos incluidos en él. Es significativo que el *Corpus* esté escrito en dialecto jónico y no dórico, como hubiera correspondido a un natural de Cos; esto se debe a que, como explica el autor, la medicina nació de la filosofía y esta, a su vez, nació, como se sabe, en Jonia, “con lo cual el jónico se convirtió en la lengua de la filosofía” (p. 16). La medicina se caracteriza, en estos escritos, como una *tékhne*: su universalidad, la posibilidad de ser enseñada, la precisión y el interés por la explicación (p. 16) le otorgan tal estatus. Más precisamente, es una *tékhne* que, en tanto hija de la filosofía jónica, concibe al hombre como un “microcosmos” dependiente del “macrocosmos”, lo que supone que “el organismo humano posee la misma capacidad de autorregularse que posee la *phýsis*, con sus mismas propiedades, equilibrio y armonía” (p. 21). Los principios activos de la *phýsis* tienen un correlato en el hombre: son los humores. Y en tanto el hombre es un microcosmos, en él está la capacidad de curación, mediante la restauración del equilibrio roto por la enfermedad. Así, la salud es considerada como un equilibrio, y la enfermedad como un desequilibrio, y ya no como un castigo divino, idea que libera al arte de curar de las supersticiones que caracterizaban la medicina anterior. La función del médico es, entonces, prevenir las enfermedades y, en caso de que estas se manifiesten, ayudar a restablecer el equilibrio. De allí surge una terapéutica de tres ramas en la que los niveles de intervención médica se ordenan en una jerarquía: la dietética, luego la farmacología y luego la cirugía. La medicina hipocrática se plantea como una *tékhne* basada en el amor al arte de curar y al hombre, que es una totalidad y no una suma de partes. La concepción totalizadora e integradora del hombre influye también en el concepto de enfermedad: la enfermedad está unida a la persona, y ambas son una unidad; no es algo que le viene desde afuera, exterior. El autor cuestiona así la noción del enfermo como un “caso” despersonalizado, como sucede en la medicina actual.

En el segundo capítulo, “El paso de Asclepio a Cristo en la primera literatura cristiana”, el Dr. Alby analiza cómo la devoción al dios Asclepio

en la medicina antigua cedió su lugar, entre los cristianos, a la devoción a Cristo, al tiempo que se operaba un proceso de suplantación cristiana de los templos paganos mediante dos estrategias: “el énfasis de los apologistas cristianos en la superioridad de Cristo sobre Asclepio” y “la disposición de dependencias y la realización por parte de las iglesias cristianas de gestos litúrgicos semejantes a las prácticas observadas en los santuarios paganos” (p. 61). Asclepio –cuyo culto irrumpió con fuerza a fines de la época arcaica, adquirió dimensiones panhelénicas en el siglo v a.C. y se conservó hasta los últimos tiempos del paganismo– era considerado el patrono de los médicos y el dios que sanaba a los suplicantes a través de la *enkoimesis* o *incubatio* en el templo. El culto a Asclepio “alcanzó su máxima difusión en el siglo iv a.C., al mismo tiempo en que se produjo el más amplio desarrollo de la medicina hipocrática” (p. 48), lo cual demuestra que coexistieron “dos modalidades médicas que a primera vista podrían resultar contradictorias” (p. 49). Pero precisamente la gran popularidad del dios y su título de *sotér* motivaron la reacción de los Padres de la Iglesia, quienes, preocupados por los evidentes paralelos entre ambas figuras, instaban a subrayar el carácter divino de los milagros de Cristo y el demoníaco de los de Asclepio.

En el tercer capítulo, dedicado a “Los gnósticos y la medicina”, el autor revisa algunos de los aspectos principales del conocimiento médico de los gnósticos, quienes fueron, en el ámbito cristiano, los más analíticos en el estudio de las teorías médicas de la época, desde Hipócrates hasta los metódicos, “y con gran habilidad las integraron a la antropología, la soteriología y la cosmología elevando la reflexión cristiana al máximo nivel del diálogo científico de la época” (p. 66). Entre esos aspectos se destacan los vinculados con la generación humana, embriología y la ginecología, presentes en los mitos gnósticos sobre la aparición de la materia primordial o sustrato de la creación y la caída de *Sophía*. El investigador concluye señalando, por parte de los gnósticos, una “minusvaloración de este mundo como producto de una sustancia abortiva engendrada de manera imperfecta” (p. 89) y la importancia de lo femenino en el mito fundacional gnóstico, “tanto en el carácter andrógino de Dios como en la aventura pleromática de *Sophía*” (p. 90).

El capítulo cuarto, “Milagros de curación en la tradición médica tardo-antigua”, está dedicado a la resignificación del concepto de “milagro” desde la tradición grecorromana, caracterizada por la creencia en el dinamismo del cosmos y la simpatía entre el macro y el microcosmos, hasta la judeocristiana, en la cual el milagro, algo “obrado por Dios por fuera o por encima

del orden natural” (p. 92), es un “signo” (*semeïon*) de la presencia del Reino de los Cielos en la temporalidad humana. En la primera, un milagro es algo que causa asombro (*thaúma*), y es producto de una *dýnamis* especial que poseen tanto los dioses como algunos hombres. Estos hombres tenían una relación muy particular con los dioses y por eso eran llamados “*theïoi ándres*”, categoría que incluía a tres clases de hombres: quienes se distinguieron por una capacidad o actividad prodigiosa, quienes se destacaron por su vida virtuosa y condición de sabios, independientemente de toda actividad taumaturgica, y quienes reunieron la conducta virtuosa con la actividad taumaturgica. Como paradigma de *theïos anér*, el autor analiza la figura de Apolonio de Tiana. En la tradición judeocristiana, en cambio, un milagro es una obra de Dios antes que un acto portentoso en sí. Es ambivalente la actitud de los sabios judíos con respecto a los milagros: si bien reconocían su existencia, les preocupaba la posibilidad de que fueran confundidos con actos de magia, censurados por la ley. Los milagros de Jesús que relatan los Evangelios, enmarcados en la apocalíptica judía de la época helenística y operados sobre personas con enfermedades concebidas como ataduras provocadas por Satanás, son “signos de la presencia germinal del Reino de Dios entre los hombres” (p. 103). Todo esto lleva al autor a concluir que “en la tardo-antigüedad, tanto la medicina como la religión, el milagro y la magia no podían separarse con facilidad en la mentalidad popular” (p. 115).

A esta última idea está dedicado el capítulo quinto, “Magia y religión en la medicina del judaísmo tardío y del cristianismo antiguo”. Aquí, el Dr. Alby describe primero qué se entendía por “magia” y “religión” en el mundo antiguo, basándose en fuentes y en estudios especializados, y señala que el cristianismo transformó de manera decisiva la concepción de “religión” en Occidente. La escisión entre médicos y magos es tardía entre los griegos, algo que comprueba el hecho de que en los procedimientos terapéuticos se combinaban las creencias religiosas y las técnicas de los magos. En este contexto, resulta interesante la resemantización del término *daïmon*, del griego helenístico, al desarrollo posterior del cristianismo, donde se lo entiende como una entidad puramente negativa. El análisis de algunos textos de la tradición rabínica del judaísmo postexílico pone en evidencia la existencia de una práctica médica que convive con la preparación de amuletos, documentos e inscripciones mágicas; de hecho, se continuó creyendo en los efectos de la magia y recurriendo a sus prácticas, como en los exorcismos. Sin embargo, se le quitó todo sustento epistemológico y fue considerada

como una obra satánica. Aun así, y teniendo en cuenta la estrecha relación entre magia y medicina en el mundo grecorromano, “la medicina de comienzos del cristianismo estuvo muy unida a la magia y a la religión”, y las tres “permanecieron unidas de manera oculta y fueron configurando la antropología médica” del Medioevo y el Renacimiento (p. 141).

El capítulo sexto, “La condena del aborto en el cristianismo primitivo. Hacia la primera bioética cristiana”, aborda un tema que atrajo la atención de los primeros cristianos y que actualmente sigue siendo motivo de encendidos debates. En el primer apartado, el Dr. Alby analiza documentos que abordan la “enseñanza de los dos caminos”, de “antiquísima tradición en el pensamiento judío, que será asumida como catequesis prerrogativa entre los primeros cristianos” (p. 145). Entre la vida y la muerte, Dios insta a elegir la vida, y por lo tanto a rechazar el aborto. En el segundo, el eje son las acusaciones contra los cristianos, en especial el infanticidio, el aborto, la espermatofagia y el canibalismo ritual, sobre todo durante la realización de orgías, y cómo los apologistas se defendieron de ellas. En contraste, el aborto era una práctica común en Grecia, lo cual induciría a pensar que el juramento hipocrático se originó fuera de la escuela médica de Cos y tuvo influencias pitagóricas. El tercer y último apartado está dedicado al aborto en los textos gnósticos, cuyo análisis lleva al autor a concluir que también estos, como las demás comunidades cristianas, rechazaban esta práctica.

El séptimo y último capítulo, titulado “El logos médico y maestro en Clemente de Alejandría” se centra en el tema de la pedagogía divina del *Lógos* (el Logos-maestro) que desarrolló este pensador cristiano. Los conocimientos médicos de Clemente permiten relacionar este Logos con el *Lógos therapeutikós*, es decir, Cristo médico, una concepción originada en Mt 9,12. El Logos-maestro aconseja y consuela, y por medio de ambas acciones se curan las pasiones; en este sentido es también un Logos-terapeuta. Esto se hace evidente en la parábola del buen samaritano, analizada por Clemente y convertida por este en una alegoría, dado que cada elemento de ella tiene un carácter simbólico. En el último apartado de este capítulo, el Dr. Alby revisa los antecedentes prealejandrinos de la figura del Cristo médico en la Patrística.

En las “Reflexiones finales”, el autor señala los puntos principales de su estudio, entre los que se destacan: a) la estrecha vinculación entre la medicina, la magia, la religión y el milagro en la Antigüedad; b) la concepción del hombre como un microcosmos en la medicina griega, concepción que

incluye la idea de que la salud es equilibrio y la enfermedad es expresión de un exceso o desequilibrio; c) la idea de que el médico, en la tradición greco-romana, es simplemente alguien que contribuye a restaurar la homeostasis de la naturaleza humana, análoga a la naturaleza del todo en tanto macrocosmos; d) la consideración de los milagros como signos de una realidad nueva entre los primeros cristianos; e) la noción de que la magia comparte el ideal de la *eudaimonía* griega por interesarse en los intervalos que separan a las fuerzas de la *phýsis* entre sí y que le otorgan a lo real su armonía.

Por último, un completo listado bibliográfico evidencia la extensión, la profundidad y la actualidad de la bibliografía que sostiene esta investigación, notablemente documentada. Se mencionan las fuentes de medicina antigua, las fuentes patrísticas, las fuentes gnósticas, las fuentes antiguas en versiones modernas, los instrumentos de trabajo, la bibliografía general y los estudios citados.

La medicina filosófica del cristianismo antiguo expone algunos de los hitos fundamentales de este tema, siempre con claridad, concisión, precisión y rigurosas remisiones a los textos fuente. La obra tiene un mérito inusual: en ella, el lector especialista puede encontrar nuevas aristas o nuevos enfoques del problema para continuar indagando y profundizando en él, y el no especialista, un panorama accesible de la medicina que heredaron los primeros cristianos, algunas de cuyas ideas se proyectarán en el cristianismo posterior. El Dr. Alby nunca pierde su capacidad docente, por lo que la obra gana en inteligibilidad y amenidad, ni su capacidad crítica con respecto a la práctica actual de la medicina. Por todo esto, la lectura de esta obra es altamente recomendable para todos aquellos interesados en las ideas médicas de los diversos círculos cristianos de los primeros siglos de nuestra era.

Marcela Coria
Universidad Nacional de Rosario
coriamarcela@hotmail.com

